

resortes; en aquel arrogante cuerpo no ardía más fuego que el de los placeres; la inextinguible sed de obscenos deleites inflamaba sus miradas y secaba sus venas, y á Nempned le bastaba dar pasto á su lascivia para estar seguro de su complicidad, y aplacaba el ardor de su sangre alimentando su vicio, bien así como se sacia la sanguinaria sed del tigre para lograr que se suavice.

En sus ajadas facciones veíase impresa la huella de tan insaciable y abyecta pasión; su frente estrecha y aplanada apenas sombreaba sus salientes cejas: el globo de sus ojos, de un color azulado claro cuyo brillo amortiguaban sus pesados párpados, aunque era abultado y sobresalía al nivel del rostro, parecía siempre impregnado de húmeda niebla, y mirando con vaguedad al través de esta bruma, jamás penetraba en sí mismo su mirada. Las dilatadas alas de su nariz aspiraban á oleadas el aire que henchía su pecho; á sus mejillas, en las cuales fluctuaba el color de la rojiza llama, trascendía el brutal calor de su sangre; en los purpúreos bordes de sus abultados labios se veían respirar las imágenes lascivas, y el largo y espeso vello de sus miembros flotaba como las cerdas en los costados del peludo chivo.

Tan sólo el amor inflamaba su bestial energía; el imperio no hubiera sido para él más que orgía constante; veía con celosa envidia á Lakmi jugando en las rodillas del soberano de los dioses, y su alma saboreando interiormente sus caricias, se anegaba en sus ojos y se encadenaba en sus trenzas.

El feroz Sabher tomaba asiento, cual correspondía á su rango, al lado de Asrafiel, aunque no era tan fuerte y corpulento como éste; pero sí el más repleto de sangre de todos aquellos dioses ante quienes temblaba la tierra, sin que jamás viera aplacada su sed. Era en rigor un verdugo, cuyo mayor placer consistía en matar, aunque sin combatir; los gigantes sus padres le llamaban la Muerte. Corazón de liebre en la lucha y de tigre en la matanza, todo su denuedo se reducía á su cruel-

dad sin límites. Nempned había hecho de él su cuchillo y su espanto, y á todos inspiraba el respeto del horror. Su mayor delicia era el asesinato; su principal satisfacción, inventar suplicios. Jamás daba la muerte sino con cruel refinamiento, absorbía el dolor en las fibras humanas, exprimía gota á gota la sangre de las venas, desparramaba miembro á miembro los jirones de sus víctimas, ó las quemaba á fuego lento, ó las desollaba vivas, ó bien les arrancaba sangrientas tiras del cráneo, y suspendiendo de ellas el esqueleto viviente en las almenas de una torre donde lo balanceaba el viento, hasta que la piel, desprendida del cráneo y arrancada tira á tira del cráneo que sostenía, se separara del cuerpo rompiéndose por el peso de éste, las dejaba caer, y morir mil veces!

Aquella pantera humana tenía las formas de tal; sus gigantescos brazos eran largos y disformes; sus miembros dislocados, mal adaptados al cuerpo, encajaban pesadamente en su busto contrahecho; su cuello enjuto se hundía en unos hombros salientes; sus costados, faltos de entrañas, hundíanse bajo las costillas; su frente, estrecha y deprimida, se fruncía de continuo por efecto de un temblor nervioso, y los rugosos párpados de sus ojos falaces y grises, á los que parecía molestar la luz del día, se cerraban, se abrían y palpitaban sin descanso. Dibujábase en su boca una sonrisa indefinible que entreabriendo sus labios pálidos dejaba ver dos filas de dientes separados por anchos intervalos y que, rechinando como una boca que muerde, parecían triturar huesos como un tigre tendido. Con el cuello estirado, la mirada fija y el oído atento, procuraba leer el pensamiento de Nempned en sus ojos y husmeaba, como el perro de un carnicero, la sangre que su fermentido señor le daría á lamer.

A Sabher seguía Serendyb, gigante reflexivo y taciturno, oculto en la sombra de una ancha columna, quien no dignándose dirigir su mirada desdeñosa á la multitud, parecía encerrarse en un egoísta orgullo. Sus labios, fruncidos por las

arrugas del desden, daban apariencia de insulto á su enérgico pensamiento; sus ojos profundos desaparecian como soñolientos bajo sus espesas pestañas; las preocupaciones alargaban y ahuecaban su perfil; en todas sus actitudes se echaba de ver su tétrica indiferencia, y su mirada soberbia como su planta, descendía desde su altura sobre todas las cosas, sin dignarse fijarse en el polvo en que imprimía su huella. El menosprecio de la humanidad constituía todo su sér; los hombres no eran á sus ojos sino vil materia que debía amoldar á su ambicion, doblegar, romper y estrujar bajo su opresion, haciendo tan poco caso del quejido que les arrancaba como de la leña seca que gime á los golpes del hacha, ó como el que hace un estúpido alfarero del barro inmundo que amasa en su artesa.

Su mano era la encargada de forjar y remachar las cadenas de aquel pueblo por el que no sentía cariño, ni miedo, ni odio; él era el inventor de todas las profanaciones con que aquellos Titanes sellaban su poderío; él quien, sustentando con su genio las leyes de los dioses, habia hecho de la tiranía un arte adelantado; y quien tenia sujeto al pueblo obligándolo á humillar la cerviz bajo el espantoso yugo que pesaba sobre él.

Segor, Azem, Jehu, gigantes de rostros siniestros, cortesanos ó ministros de aquella corte infame, y jefes inferiores de tenebrosas facciones, completaban tan abominable festin. En la fealdad de su horrible rostro se veía representada la imagen de un vicio ó de una maldad, porque en la raza impía, en que todo crimen era grande, cada cual ocupaba el puesto á que le daba derecho su perversidad!...

La gigantesca sala en que se celebraba el nocturno banquete elevaba su bóveda colosal sobre sus frentes; los mármoles, esculpídos á modo de gracioso ramaje, parecían sostener los astros del firmamento, y la luna, deslizándose entre ellos como sobre el follaje, reflejaba su imagen en jaspeadas ta-

zas. Al contemplar aquella enorme cúpula calada bajo el cerúleo firmamento, aquellas aguas que oscilaban en los mármoles espumantes, aquellos muros entreabiertos á las brisas, los fustes aéreos de aquellas redondas columnas entre las que circulaba el viento como en las selvas, llevando los perfumes y la frescura de los jardines, conociase que aquellos muros, aquellos misteriosos palacios, abrumaban la tierra con inútil peso; que sus arcos de piedra y sus anchurosas bóvedas no eran en aquellos climas más que un lujo de los gigantes y que con aquella vana y maciza estructura habian desafiado por orgullo á la naturaleza. Cien columnas sustentaban el largo entablamento; pero cuando se contemplaba el raro mueblaje, cuando se recorria con la vista desde la bóveda hasta el pavimento, al considerar el lujo desenfrenado de aquel recinto de escándalo, el alma humana huía por no ver aquella postrera afrenta, y los cabellos se erizaban de horror! La impía arquitectura de los dioses habia sustituido con séres vivientes todas las esculturas para recrear en ellos su vista. De una columna á otra habia niños colgados, cogidos de las manos, y arqueando sus miembros flexibles, formaban graciosas guirnaldas de cuerpos humanos que enlazaban los hermosos pilares: en vez de capiteles, tenian estos otros grupos de niños que parecían sostener el cielo sobre sus hombros unidos, y acurrucados en sus nichos bajo las rudas hojas de acanto, orlaban las cornisas cual cariátides vivientes. Por el friso movable circulaba un compacto y prolongado grupo que el arte mezclaba ó separaba: mujeres, guerreros, niños, combates, amores obscenos, cambiaban de actitudes y variaban sus escenas, inagotable corriente de un largo rio vital que desaparecia sin cesar y siempre renacia. Mudos como el mármol, se deslizaban como la sombra; su ondulacion multiplicaba su número; empequeñecidos á la vista por la distancia, apenas se notaban sus ligeros movimientos. Al verlos animar aquel friso, hubiérase creído que la materia, indecisa entre

la vida y la muerte, se veía obligada á moverse ántes de vivir, obedeciendo al arte sobrenatural de un mágico poder.

Al rededor del fuste bruñido de las columnas de mármol, elevábanse desde la base subiendo hasta las nubes, largas espirales formadas por hermosas jóvenes desnudas que se enlazaban y serpeaban por ellos como se enlaza y serpentea la hiedra en flor en torno de un tronco, ocultando la ruda corteza con sus nudos festoneados. Aquellas doncellas abarcaban con sus brazos todo el tronco de la columna; una ponía los piés donde otra tenía la frente; sus miembros suspendidos, sus manos entrelazadas, sus cabezas echadas atrás por efecto de sus esfuerzos, sus músculos retorciéndose sobre el terso granito, sus largas cabelleras sobre sus hermosas frentes, aquel gracioso caos de cuerpos y de rostros, aquella encantadora aglomeracion de formas de todas edades, que enlazaba el contorno de cada columna y la bordaba de carne palpitante, todo aquel infame artificio causaba la ilusion más completa y más falaz, haciendo que el mágico edificio se asemejase al templo de la vida, en el que todo estuviere construido con piedras de carne y hueso, con muros vivientes!....

Para aumentar la molicie idolátrica de los gastados sentidos, los miembros de los dioses descansaban sobre sedosos tejidos recién trenzados con largas cabelleras de jóvenes de diez y seis años, á las cuales se les privaba de ellas á la fuerza como se arrancan al cisne las nuevas plumas de sus alas para hacerlas servir de blando lecho. Voluptuoso plumon eran á la verdad los cabellos de las desdichadas jóvenes, entrelazados con olorosas flores y que conservaban aún en sus ondas la huella y el contorno de los hermosos cuellos que poco ántes cubrieran. Pues reclinando los dioses en tales vellones sus rudos miembros, descansaban sobre ellos en indolentes posturas. Para apoyar su espalda ó sus rodillas habian juzgado indignos de su molicie las sillas, los bancos, los lechos y los cojines, y tan sólo se servian al efecto de la flexibilidad del

cuerpo humano que, plegándose á sus menores esfuerzos, podia prestarse complaciente á los movimientos de los cuerpos. Varios esclavos enseñados á tan indigno servicio, hombres y mujeres tendidos en la esterilla alrededor de los gigantes, cambiando de actitud á su menor ademan, presentaban sus blancos hombros á sus repugnantes miembros: los dioses hundian sin cuidado en aquellos cojines de carne sus codos que dejaban cárdenas señales en más de un seno lastimado; otras veces sofocaban bajo su masa colosal á algun niño, ó lo aplastaban con el enorme peso de su cuerpo; sus abrigados piés descansaban entre dos ebúrneas manos; mientras que otras lindas jóvenes, colocando su torneado cuello bajo sus nuca de hierro, soportaban el peso de aquellos Titanes cuando deseaban recostarse. Los insolentes caprichos de tales tiranos hacian que de tales modos se prestase la carne humana á desempeñar los servicios más degradantes, conociendo además que su poder era mayor valiéndose de aquellos muebles vivientes que si sus manos brutales se hubieran servido de muebles de oro ó de madera; y el dulce calor de la piel cuyo contacto les parecia más suave que el del marfil ó el ámbar, comunicando al cuerpo su tibia impresion, les hacia gustar un placer á cada movimiento de su cuerpo.

No tenían ante sí mesas ni tripodes donde se les sirvieran cien deliciosos manjares; pues su soberbia hubiera considerado como un envilecimiento el tener que extender el brazo para coger la copa llena de néctar; sino que las presentaba un admirable grupo de esclavas, cuyos niveos dedos enlazados á modo de canastillas, imitaban la forma de los tripodes, y que con sus cabellos enjugaban el líquido que al rebosar de las copas caía en el mármol, y observando con atencion los movimientos del cuerpo de su respectivo señor, levantaban los brazos al nivel de sus labios. Aquellos mónstruos de orgullo, envanecidos de poseer tantos esclavos, no hacian uso alguno de

sus propios miembros, pues al servirse de ellos temían degradarse, y sólo alzaban los brazos para matar.

El arte, profanando la naturaleza para satisfacer sus gustos depravados, convertía en maldad hasta su mismo alimento, y haciendo tributarios á todos los elementos, se proporcionaban manjares tan raros como exquisitos. Para amenizar sus festines, hacían verdaderas hecatombes de animales, y la médula de los corderos, la lengua de las palomas, todo cuanto hay de más sustancioso para el vil paladar entre lo que pasta, nada ó vuela, constituía los platos escogidos de los banquetes de los dioses; y el pueblo hambriento se precipitaba sobre los restos; y la sávia extraída de las ramas mutiladas, y los perfumes destilados de las flores, y los rayos del sol, cuyas líquidas llamas circulan por las venas de la adormidera, mezcladas en su brebaje con granos de incienso, abrasaban sus sentidos en inmortal embriaguez.

Disputando este servicio á las más bellas esclavas, Lakmi servía á Nemphed en aquellos festines sagrados los alimentos que ella misma preparaba furtivamente, gustando ántes que él los manjares más suaves. El viejo suspicaz, de nadie sino de sus manos recibía el néctar probado ántes por sus leales labios; y al final del banquete, cuando los sentidos embotados á fuerza de glotonería y embriaguez, parecían adormecidos, cuando los ojos extraviados y los labios encendidos iban preparando el alma al colmo de la orgia, un espectáculo horripilante introducía nueva variedad en sus placeres, digno entretenimiento de sus criminales ocios. Este espectáculo no consistía en esa ficción, en esa simulada tortura con que el arte imita en el teatro á la naturaleza, y en que la risa y el llanto, la sangre y el puñal, estremecen á la muchedumbre, con esos emblemas ingeniosos de las escenas de la vida que tan completa ilusión causan; el de los dioses era la naturaleza misma sorprendida en sus verdaderas impresiones con sus gritos reales, su sangre, sus pasiones, sus voces más in-

timas y sus desnudas fibras palpitantes ante ellos! El pueblo proporcionaba el drama y los actores. Uno de aquellos viles tiranos, encargado de proporcionar la grata sorpresa á los divinos espectadores, fatigaba su imaginación para urdir la trama que había de componer el argumento de la tragedia, y escogiendo para asunto algún asesinato interesante, hacía que lo representasen ante ellos sin omitir el derramamiento de sangre, y para que la ilusión fuese completa y halagüeña, convenía que el mismo actor fuese víctima sin saberlo del papel que representaba, y que, ignorante del odioso artificio, derramase su sangre en presencia de los dioses.

Aquel día, el previsor ministro se había excedido á sí mismo en la siniestra invención de tales espectáculos: consistían en horrorosas luchas de hombres con leones; en cestas llenas de áspides y en cubas de escorpiones, en las cuales hicieron que metiera un hombre su brazo sin saber lo que aquellas contenían, á fin de oír, entre horribonas carcajadas, el grito doloroso en que prorumpía al sacar aquel miembro crispado por su martirio, y de recrearse en la mortal palidez de su rostro; en personas vivas, arrojadas dentro de un cilindro candente, para oír cómo chisporroteaba su carne; en grandes masas de granito que obligaban á otros á rodar sobre puentes de cañas próximos á derrumbarse, para que, á cada paso que daban sobre tan frágiles arcos, el terror les hiciera contraer las plantas de los piés; en forzarles á serrar hierro con los dientes ó á correr, para evitar una muerte más horrible y más segura, sobre un pavimento incrustado de agudos clavos de acero que desgarraban sus carnes: en una palabra, en una horrorosa variedad de horrorosas muertes que excitaban además la hilaridad de los dioses al ver la indecisión de los que habían de sufrirlas.

Pero deseoso el brutal organizador de tan inconcebibles placeres de que en aquellas escenas infames fuesen unidos los

tormentos del cuerpo con los del alma, los supo combinar en su drama infernal del siguiente modo:

En aquella poblacion servil que sufría sin murmurar el peso abrumador del cetro de los dioses, habia descubierto una pareja de jóvenes y hermosos amantes, cuya efímera ventura tenia su complemento en una criatura de seis meses, fruto de aquellos corazones enamorados, delicia de ambos y éxtasis de la madre. Aquella misma mañana los arrancaron los verdugos del asilo en que trascurrían ignorados sus días de felicidad, y conducidos por separado á la mansion celeste, temblaban el uno por el otro, pues aún cuando ignoraban lo que de ellos se quería, el terror y la duda extraviaban su razon. La escena era el patio de una prision sombría, en la que los gigantes podían ver sin ser vistos todo cuanto pasaba desde sus lechos de rosas, y en la que los fúnebres actores del drama verdadero actuaban sin sospechar que tuviesen espectadores.

Ichmé, que tal era el nombre de la joven cautiva, estaba sentada en un banco de un rincon, cabizbaja y meditabunda; sus ojos, encendidos de tanto llorar, dirigian de vez en cuando una mirada á su hijo dormido, á los muros que la encerraban y á la porcion de cielo á donde la sensible joven parecia lanzar su alma envuelta en suspiros. Poco despues se puso á palpar las frias paredes rodeadas de cierta oscuridad, aplicando el oido al más leve rumor que percibia. De pronto levantó la cabeza al oír los callados pasos de alguien que subia á la torre y aparecia en su cúspide; el recién llegado inclinó su cuerpo sobre el abismo profundo y su mirada errante parecia explorar el fondo. Un grito resonó á la vez en la base y en la cúspide. Ichmé levantó los brazos llena de delirante júbilo al conocer á su amante Isnel que desde lo alto de la torre le tendia los brazos abiertos y la llamaba á su vez.

—¡Ichmé! murmuraba con trémula voz. ¿Eres tú? ¡Ah! ¡Por fin estamos los tres reunidos! Sí, tú eres: no hay tinieblas

capaces de impedir que te vea. Pero ¿estás sola en el fondo de ese negro abismo? ¿No puede oírnos ni vernos nadie, ni hacernos caer en algun lazo?

—¡Oh, habla! respondía la cautiva á su esposo. La distancia y el silencio es lo único que hay entre nosotros. Mi corazón abandonado vuela á tí al oírte. Mira cómo te presento en mis brazos al niño, á tu ídolo, que en mi agotado seno, que palpita al escucharte, ha sonreído de júbilo al oír tu voz. Observando una puerta abierta en mi oscuro calabozo, me he arrastrado descalza hasta este patio desierto para que nuestro pobre hijo respirase el aire nocturno que es aquí ménos sofocante. Ningun paso, ninguna voz humana ha llegado á mis oídos; tan sólo escucho el cavernoso resuello de los leones encadenados en estos oscuros antros, cuyos rugidos hacen retremblar los muros!

—¡Oh médula de mis huesos! ¡qué tormento! ¡qué alegría! ¿Habré de estaros viendo sin poder salvaros? ¡Oh! ¿Por qué no habrás de poder subir al nido de nuestro amor como la golondrina á la cúspide de mi torre? Si esta noche no es un sueño, una quimera, iré á arrebatarte á los dioses los hijos y la madre! Una escalera que sube desde mi abierto calabozo hasta estas negras almenas me ha conducido aquí á favor de las nocturnas sombras que me ocultan: puedo recorrer libremente su elevada plataforma; parece que todos duermen á los piés de estos desiertos muros. La torre sirve de baluarte á la ciudad de los dioses; el rio corre allá abajo y brilla á mis ojos: las hiedras en las que puedo apoyar mis piés nos permitirán bajar hasta las márgenes de la corriente, y una vez allí, te llevaré á la orilla opuesta para guarecernos en el antro en que el leon esconde sus cachorros.

.....

 «Mas ¿qué veo? Los guardianes han dejado olvidada en estos sitios una cuerda de junco enrollada cual serpiente, que

parece atada adrede á las almenas de la torre para burlar su venganza y salvar al amor. ¡Ichné, no tiembles!»

Dijo y desenrolló la cuerda que se deslizó rápidamente á lo largo de los muros, y divisado únicamente por los astros del cielo, llegó á tierra donde lo recibieron dos brazos temblorosos. ¡Oh! Quién seria capaz de retratar aquellas dos cabezas estrechamente unidas, aquellas manos palpitantes enlazadas al cuello, aquellos labios que se separaban un momento para unirse con más fuerza, aquellos miembros que se inclinaban bajo el peso de su arrobamiento, aquellas pausas entrecortadas por rápidas frases, y aquellas manos en las manos y aquellas afanosas miradas, múltiples asaltos de mil sentimientos que pintaban en los ojos los ademanes de los amantes! Hubieran bastado para arrancar lágrimas á las piedras y hender los árboles; pero ningun sentimiento humano humedecia los párpados de los dioses.

—Demos tregua, dijo el hombre, á estos arranques de cariño: la luna se remonta por el cielo, aprovechemos los momentos; deja que mis brazos te suban á la cúspide de la torre ántes que el nocturno astro la inunde de su luz.

—Salva primero al niño, contestó la madre, y en seguida bajarás á sacarme de aquí.

El jóven, lleno de temeroso recelo, cogió á su hijo bajo el brazo, dirigióse á la cuerda, la asió con ambas manos echando atrás la cabeza, aferróse á ella con los dos piés como un pastor al trepar por el tronco de un árbol, y ante el doble peso que hacia vibrar aquella escala, procuró conservar su oscilante equilibrio. Ichné los seguia con la vista y los sostenia con el corazón; su voz reanimaba el vigor de su jóven esposo, el cual llegaba ya al tercio de la muralla, cuando resonaron pasos humanos en lo alto de las torres y se proyectó en el espacio la sombra de los gigantes; la cuerda que sostenia la preciosa carga y cuyo extremo flotante arrastraba aún por el suelo, se escapó, subiendo, de la mano que la oprimia, y re-

cibiendo desde arriba una vibracion, describió una curva al elevarse. ¡Oh terror! Una fuerza invisible ha recogido la cuerda hasta llegar al saliente reborde de una almena, quedando el jóven desatinado y con su hijo en los brazos, balanceándose á cien piés de altura y amenazado de una muerte inminente. El feroz verdugo que hace vibrar el cable imprime á aquellos cuerpos flotantes un vaiven espantoso; el peso aumenta la amplitud de las oscilaciones, no pareciendo, sino que se desea estrellar á aquellos infelices contra los muros, y asi como una mano terrible, al cimbrar una honda, hace que el aire silbe á impulsos de la piedra disparada, asi tambien el impulso dado á la cuerda los hacia rebotar contra las paredes; Isnel las manchaba de sangre á cada golpe, y temeroso de que su hijo se estrellara contra ellas, le guarecia con su cuerpo mientras que sus dedos sujetaban como tenazas la cuerda; todos sus miembros crispados se encogian cual si formaran una sola masa; presentaba su frente para preservarle de los golpes, prolongaba tan espantosa lucha sin esperanza de conservar la vida, y caia mil veces para evitar su caida.

Mientras tanto Ichné los miraba desde abajo como si hubiese quedado petrificada, y cuantas veces sufría la cuerda una sacudida, otras tantas retemblaban los muros de horror al resonar en ellos el grito que lanzaba; seguia, corriendo, con la vista y la actitud la curva que describia su amante en el espacio, temiendo á cada rebote que el cuerpo de su hijo, escapándose de los brazos de su padre, se estrellase contra el suelo. Por fin el cable recobra lentamente su fijeza cual una plomada, y los dos míseros seres ondulan en aquel frágil péndulo á lo largo de los muros entre la doble muerte que los amenazaba. En la cúspide de la torre no se oye más ruido que el del viento; pero de pronto penetran los verdugos en el patio, y mientras el esposo, haciendo un esfuerzo sobrehumano con su hijo en brazos lo disputa al abismo, aquellos móns-

truos desenfrenados mancillan á Ichné á su vista, martirizándola con sus besos odiosos. Cuantas pasiones pueden retratarse en el rostro humano, el terror, el amor, la piedad, la rabia, el odio, se pintan á la vez en tan horrible trance en las facciones contraídas del padre y del amante. Sus dedos, crispados por tan intolerables suplicios, estuvieron veinte veces á punto de soltar la cuerda, y otras tantas blandió su hijo sobre ellos como un luchador para aplastar con él á los que así profanaban á su amada; pero su mano, contenida siempre por el cariño paternal, se negó á lanzar aquel cesto sobre la cabeza de los verdugos. Sobreponiéndose á su horror merced á un nuevo esfuerzo, consiguió llegar á la cúspide de la torre solitaria, y para sustraer á su hijo al ménos á aquellos verdugos, cruzó el rio y volvió á pasarlo á nado.

.....

Ichné, cuyo dolor la privó del conocimiento, parecia tornar en sí poco á poco; su primer afán fué estrechar á su hijo contra su agotado seno; buscáronlo sus brazos, pero sólo encontraron el vacío. La terrible realidad la hizo recobrar súbitamente los sentidos; irguió bruscamente su cuerpo, y cruzó por su angustiada mente un torbellino de relampagueantes ideas: púsose á dar vueltas en derredor [de las tenebrosas paredes, con el cuerpo inclinado, los brazos extendidos y sin atreverse á separarlos, como quien busca algo y teme sin embargo encontrarlo: aplicó el oído á las lumbreras de las mazmorras defendidas por robustas rejas, guaridas subterráneas, recintos que los leones llenan, mientras duermen, del sordo rumor de su respiración. La mirada no podia abrirse paso al través de las sepulcrales tinieblas que allí reinaban, pero percibiase el resuello de las fieras y los cavernosos roncidos de su pecho. Su corazón de madre creyó oír ¡oh cielos! el ruido de un paso sordo que descendía á aquellas cavernas de la muerte; no era una ilusión, no, porque se oía cada vez

más próximo y presuroso: gimieron los pesados goznes de la puerta, y su turbación llegó al colmo. Creyó divisar con los ojos del alma, el fondo de aquel antro del cual salió una voz confusa. El paso de los criados hizo presentir una presa á las fieras, que rugían de júbilo, y su impetuoso aliento hizo temblar los barrotes de la reja.

—¡Isnel, el niño ó tú! gritaban los verdugos; nuestros leones quieren cebarse en tu carne; entrégales á tu hijo ó haz que te devoren!

¡Oh colmo de horror! Isnel parece vacilar; los verdugos van á arrojarle á los leones; pero de pronto cae un bulto en el fondo del negro cubil, y ¡oh duda atroz! ¿será el hijo ó el padre? Los leones prorumpen en rugidos que se sobreponen á todo, luego se oye el lamentable quejido de una criatura, así como el crujido de los huesos triturados por las mandíbulas de las fieras, revelando á la aterrada madre la clase de presa que estas devoran... Transida de horror cae de bruces contra una piedra: sus miembros convulsos palpitan de espanto; retuerce con desesperación sus brazos sobre su cabeza cada vez que llega á sus oídos el crujido de los huesos que rompen las fieras; se destroza en vano los dientes contra las barras de la reja y prorrumpe en angustiosos gritos, capaces de enternecer al mismo infierno.

.....

Mientras tanto Isnel vuelve á bajar por la flotante escala para salvarla y acude á su lado; mas ella, creyendo ver en su esposo al bárbaro asesino de su hijo, siente que el corazón se estremece á su aspecto, retrocede cual ante una serpiente y exclama:

—¡Mónstruo! ¿Y has podido dar nuestra alma por tu vida? ¡Un padre ha podido arrojar su hijo á los leones! ¡Y no tienes reparo en presentarte á la madre! ¡Y vives aun! ¡No, no vivirás de la pura sangre de mis venas!

Y así diciendo, levanta un pesado haz de cadenas, lo lanza con furia sobre la cabeza del atónito Isnel, y con desastroso acierto, lo mata y lo maldice. Volviendo luego contra si misma su mano despiadada, ábrese una vena con el filo de uno de los hierros que la encadenan, y cae desplomada vertiendo un arroyo de sangre: su hermosa frente se inclina y decolora, y á pesar de que apenas respira, se indigna todavía.

De pronto aparece alumbrado el patio por la luz de las antorchas que difunden una fúnebre claridad sobre aquella escena de muerte. El feroz genio que de tal modo sabia torturar el corazon humano quiso escarnecer la agonía con el colmo de la desesperacion. Un verdugo, ufano del error de la madre, le presenta á su hijo lleno de vida, á su hijo sediento que la abraza y llora, y chupa en vano su agotado seno. Los reproches que los satélites de los dioses dirigen á Ichmé, mezclados con horribles chanzonetas, la llenan de asombro y la ponen fuera de sí.

—¿No ves, la dicen, que era una broma, jóven insensata? ¿Por qué te has apresurado tanto á inmolar á tu amante, si era inocente del crimen que le atribuias? ¿Qué leche mamará ahora tu hijo? ¡Bah, dale á mamar sangre!

Los mónstruos prorumpieron al decir esto en una carcajada horrible; el corazon de la pobre madre sufrió entónces una convulsion postrera que la arrancó la vida, y los verdugos, arrastrando el niño y los cadáveres de sus padres, los arrojaron juntos al antro de los leones!



UNDÉCIMA VISION

A cada acto infernal de aquel lúgubre drama, el semblante de los dioses radiaba de infame júbilo, conociéndose en ellos el inefable placer que les causaba el dolor humano, y cuanto más ultrajaba á la naturaleza aquel entretenimiento feroz, más frenéticos eran sus aplausos de aprobacion y más les entusiasmaban los tormentos que presenciaban. Pero mientras que la inmensa sala se estremecía al estallido de aquellos aplausos, únicamente Nempheo estaba taciturno, pensativo, con la vista baja y como si le acosara alguna idea fija: su inseguro imperio era para él un peso abrumador y conocia que su efimero reinado se le escapaba de las manos para siempre.

—«Encumbrado, decia entre sí durante la horrible fiesta, encumbrado á fuerza de astucia á esta sublime cúspide, ¿podrá mi pié mantenerse del mismo modo en equilibrio en ella? En semejantes alturas todo viento es peligroso: cualquier ódio mide y devora mi vida. Hasta aquí he podido aplacar las oleadas de la ambicion, echando á cada ambicion una presa: para contenerlos los he opuesto unos á otros en el mar de placeres en que mi industria los encenaga, y así como un arquitecto apuntalando las paredes de una bóveda, sostiene mediante su solo contrapeso esas enormes piedras amenazadoras sus-